

VERSOS VEGETALES

Antonio Rubio.
Asesor del Centro de Profesores de Alcobendas, Madrid.
Acción Educativa.

Escribir poesía para pequeños yo no sé si es un arte o un oficio, o un oficio artístico o un quehacer artesanal. Tal vez de todo un poco. Acaso un poco de todo. Sea como fuere, si barrunto que escribir poesía para los niños y las niñas que están en edad de aproximarse a la palabra escrita, e iniciar la conjunción del gozo visual del lector con el gozo más antiguo del oidor, es sin lugar a dudas, un don. Un don que yo persigo.

Se trata de inventar versos que continúen la educación poética ya iniciada por los familiares más próximos al niño o a la niña: esa madre o padre que le iniciaron en el arte de escuchar primeros sonos, esa abuela o abuelo que le suministraron alimento lírico en diferentes momentos de su primera edad, o ese maestro o maestra, vocacionales de la prosodia, que llenan el aire de las escuelas con sonecillos poéticos y decires rimados. Se trata de erigirse en creador de nuevas porciones de versos. Versos que llegarán a olvidarse de su autor.

Versos que no pueden olvidarse de su naturaleza. Versos que deben saberse arroyo cercano de transparentes aguas cristalinas. Arroyo de breve caudal continuo que discurre muy próximo al niño, muy cerca de las cercanas casa o escuela o plaza de juegos, y puede arrullarle con su runrún, y acompañarle en sus juegos, refrescarle los oídos y el rostro entero con su frescura de fuente.

O frescura de verdor. Frescura de pareados vegetales:

Con las hojitas del tilo,
se perfuma el cocodrilo.

Con las hojas del manzano,
llega el calor del verano.

Con hojas de membrillero,
se saca brillo el sombrero.

Con las hojitas del pino,
se hace sombra el camino.

Con las hojas del peral,
te libras de todo mal.

Amén (Floral)

Escribir versos para los pequeños acaso sea sacar los mejores ritmos y sonos que nos regalaron y volver a regalarlos:

A la una,
el hueso de la aceituna.

A las dos,
las hojitas de la col.

A las tres,
las agujas del ciprés.

A las cuatro,
pie de gato.

A las cinco,
las flores de mi jacinto.

Salto
y brinco.

Y si nos situamos en esa esfera musical que arropa todos los rumores que llevamos dentro, y desde esa esfera recobramos los ojos que tuvimos y que los niños tienen para mirar las cosas con sorpresa, con la feliz sorpresa de la primera contemplación, entonces estaremos en trance de derramarnos, de dejar que de nosotros fluyan palabras y palabras que se ordenan como notas de pentagrama, palabras y palabras que se organizan como la hierba de los prados o se disponen como las amapolas extraviadas:

Amapola colorada,
mancha roja
en el camino,
¡átate tu zapatito!

Amapola colorada
botón de sangre
entre el trigo,
átate tu zapatito!

Amapola colorada,
te lo digo
y lo repito:
¡átate tu zapatito!

No se te lleven
los vientos
cuando vengán
al molino.

Y ese fluir de palabras se procurará cadencioso, ligero, leve, ajustado, exacto en sílabas para que se produzca embeleso, deleite, hechizo, encanto:

La margarita
del sí.

La margarita
del no.

Todos sus pétalos
blancos,
y amarillo
el corazón.

Que sí.
Que no.

Y esas palabras se referirán a lo que el niño tiene alrededor, y ve y palpa, a lo que conoce y quiere nombrar:

Pomelo,
para tu pelo.

Regaliz
en tu nariz.

Manzanilla
en tu barbilla.

Cerezas
para tus cejas.

Ah, y...
madroño
si llevas moño.

A lo que nombra para conocer, o poseer, o conjurar, o conjugar:

Es la reina de las frutas,
y va siempre coronada
con una corona verde
sobre su cáscara grana.

O levemente ocultar:

La A, anda.
La B, besa.
La C, reza.

(Qué fruta es esa?)

o encadenar a modo de cuento que se dispone y acomoda según criterio de tamaño, o secuencia temporal:

El cuento
de la manzana.
Dura toda la semana.

El cuento
de la judía,
solo un día.

El de la mora,
una hora.

El del guisante,
un instante.

Y el de la granada,
nada.

A lo que su ingenio indómito fantasea:

Para guardar
un bigote de ratón,
la cáscara
de un piñón.

Para guardar
las burbujitas de un pez,
la cáscara
de una nuez.

Para guardar
de todo un poco,
una cáscara
de coco.

O su sonrisa grácil agradece:

Como puntos suspensivos,
yo siempre pongo
tres higos.

Para la interrogación,
una raja de melón.

En vez de acento,
un pimiento.

Y como punto final,
una mora del moral.

Yo no sé si escribir poesía para niños es arte, oficio, divertimento o sinrazón.

Pero sí sé que escribir poesía para niños y niñas es algo extraño que procura momentos de gozo y livianas tensiones de orfebre de la palabra. Es algo que te regresa a edenes inmemoriales. Sientes que las piezas van encajando y poco a poco generan armonía de versos, eufonía de estrofas, concierto total:

Las hojas de los libros
de la tortuga son de lechuga.

Las hojas de los libros
de la cigarra
hojas de parra.

Las hojas de los libros
del caracol
hojas de col.

Del calamar,
algas de mar.

De la lombriz,
de regaliz.

Del ermitaño,
de castaño.

Y, además, barrunto que esos versos que te brotaron a ratos, a veces, en momentos especiales, como al trasluz, del revés, en un ojal...y se fraguaron por ellos mismos en revoltijo de sonidos, rimas, sílabas, y te apresuraste a escribir sobre una hoja... esos versos, digo, se vana contemplar y arderán cuando sean dichos por una voz que provoque en los rostros expectantes de los pequeños sensaciones de asombro, sorpresa, maravilla, fascinación.

Y cuando eso ocurra, otra vez el eterno milagro de la palabra poética estará teniendo lugar.

Antonio Rubio.
Asesor del Centro de Profesores de Alcobendas, Madrid.
Acción Educativa.